**EL CONSEJO DE DIOS PARA LA CELEBRACIÓN**

Colosenses 2:8-16

INTRODUCCIÓN

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo, se supone, deberían ser siempre los momentos de mayor alegría con la familia y con los amigos. Es tiempo de regalos y hermosas sorpresas, es tiempo de reencuentro con aquellos que hace meses o años que no nos vemos; es tiempo de rememorar la niñez y recordar otros tiempos de felicidad y de risas. Todo esto está presente en el imaginario colectivo. Todos nos deseamos felicidad porque esperamos que tengamos una feliz Navidad y un feliz Año Nuevo.

Porque la celebración se refiere a la acción de celebrar, es decir, festejar, conmemorar, alabar y reverenciar un acontecimiento o a una persona. Como la Navidad, donde celebramos el nacimiento de Jesucristo, o el Año Nuevo donde celebramos el comienzo de una nueva etapa en nuestra vida.

 Sin embargo, en la mayoría de los casos estas fiestas se vuelven una pesadilla, en un tiempo de mucho estrés, y en una puerta abierta a los conflictos familiares y personales. A veces surgen problemas no resueltos por años, se generan discusiones agrias y violentas por ideas políticas, se echan en cara ofensas guardadas por años, y en lugar de contribuir a la unidad de la familia, esas fiestas se convirtieron en un detonante que hizo explotar las pasiones y ahondó la separación.

 Casualmente durante las mismas se incrementa el número de emergencias médicas por problemas cardíacos, por intoxicación, por quemaduras a causa de la pirotecnia, los accidentes de tránsito por el exceso de bebida alcohólica, y otros hechos todos relacionados con la Navidad o el Año Nuevo.

 Para otros, la realidad es diferente, en especial lo que deben permanecer internados en una clínica, o en la celda de una cárcel, o los que son viajantes de comercio y deben pasar la noche en una habitación de un hotel completamente solos, o los pilotos de los aviones y miles de operarios que deben permanecer en fábricas controlando el funcionamiento de máquinas; o los militares cumpliendo misiones fuera de su país y lejos de su familia. Además, miles de médicos y enfermeras que deben permanecer en la guardia para atender las emergencias. Se puede decir que ninguno de ellos tiene una “Navidad normal”, solo la fecha en su calendario, porque no pueden vivir la Navidad, ni otras fiestas durante el año.

 Es bueno tener en cuenta esto, en especial cuando nuestra familia está lejos o no tenemos con quien pasar las fiestas. Si es así, no estamos solos, hay millones de personas en diferentes situaciones que tampoco pueden y su vida debe continuar.

No obstante, a veces en las fiestas nos sentimos mal aun teniendo cerca a nuestros seres queridos, nos sentimos mal porque añoramos otros tiempos o a otras personas que no están, no sentimos mal debido a nuestras propias emociones. ¿Qué nos aconseja Dios para salir de la trampa de las emociones negativas? Las emociones negativas que a veces nos envuelven son la depresión, la tristeza, la auto conmiseración, la añoranza, o también el malestar por el juicio o la crítica de otros. ¿Qué consejo de Dios encontramos en las Escrituras para estos casos? Dios nos dice:

**I NO LE DES MÁS IMPORTANCIA A LA CELEBRACIÓN QUE LA QUE TIENE**

Muchos piensan que la Navidad fue una fiesta instituida por Dios para los cristianos, así como lo fue para los judíos la Pascua, la fiesta de los Tabernáculos y el Pentecostés, pero no es así. En la Biblia no hay una sola mención de la fiesta de la Navidad, y más aun, la iglesia primitiva no la conocía. Por ejemplo, Ireneo, que fue obispo de Lyon, aproximadamente en el año 180 DC confeccionó una lista de fiestas cristianas y no incluyó la Navidad, y por su parte, Tertuliano, un gran escritor y teólogo cristiano preparó otra lista de fiestas cristianas por el año 200 después de Cristo, y tampoco mencionó la Navidad. Recién entre los años 320 y 353 el Papa Julio I, instituyó la fiesta de la Navidad el 25 de diciembre. Y más adelante, en el año 529 el emperador Justiniano declaró obligatoria Navidad para todo el imperio romano. Si tuviésemos una máquina del tiempo y pudiéramos trasladarnos al segundo y tercer siglo de la era cristiana, y pudiésemos recorrer las iglesias para ver cómo festejaban la Navidad, nos sorprenderíamos al descubrir que esta fiesta no existía. Ningún cristiano haría mención ni siquiera de la fecha del 25 de diciembre. Aunque sí, notaríamos que los romanos, tenían ese día, el 25 de diciembre como feriado dedicado al dios Apolo, y también descubriríamos que otros pueblos celebraban el 25 de diciembre las fiestas Saturnales o fiestas en honor a Saturno. Pero no veríamos a nadie celebrando la navidad en esta fecha.

 Y si pudiéramos visitar una comunidad judía, veríamos que el 25 de diciembre, celebraban la fiesta del Jakuná, o la fiesta de la Dedicación, que tampoco fue instituida según la Torá, o la Ley de Dios, sino por Judas Macabeo. Y la fiesta del Jakuná fue instituida después que el altar y el templo de Jerusalén fue profanado por Antioco Epífanes con el sacrificio de un cerdo, y Judas Macabeo, después de tres años de guerra y de su victoria militar decidió santificar y dedicar nuevamente el templo a Dios. El candelabro de siete brazos de oro puro que estaba en el templo llamado Menorá, fue robado, así que fue remplazado por otro, sin embargo, no encontraron aceite puro para encender las siete lámparas del *Menorá*. Y milagrosamente encontraron una vasija con aceite puro para un día. Así que con mucha alegría encendieron las lámparas del candelabro de oro, y para su sorpresa el aceite puro no se consumió sino que las lámparas siguieron alumbrando por ocho días. Lo consideraron un milagro, por eso los judíos celebran esta fiesta por ocho días, es la fiesta de la Dedicación, o también llamada “La fiesta de las luces”, porque desde entonces, en la fiesta del Jakuná cada día se enciende una lámpara del candelabro en cada casa hasta completar el encendido el último día.

 Algunos piensan que como cristianos no tendríamos que tener la fiesta de Navidad, porque no fue establecida por Jesús ni por los apóstoles, sin embargo, para no caer en el legalismo, debemos recordar que Jesús participó de la fiesta de la Dedicación o Jakuná (Juan 10:22) aunque esa fiesta no estaba establecida en la Biblia. Y nosotros también participamos de la fiesta de la Navidad aunque tampoco está establecida por la Biblia y lo hacemos, no porque Dios la ordenó, sino, simplemente para recordar el nacimiento de Jesucristo.

 Por eso, este tema nunca debería ser tema de discusión entre los cristianos. No deberíamos preguntarnos si debemos o no debemos festejar la Navidad, sino darle el valor que tiene cada cosa, como dice Pablo en Romanos 14:6 “El que hace caso del día, lo hace para el Señor, y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios, y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios” y más adelante dice “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos comparecemos ante el tribunal de Cristo”.

 Así que si quieres festejar la Navidad por amor al Señor, está bien, y si no quieres hacerlo por amor al Señor, igual está bien, lo importante es que no juzgues a los que lo hacen o a los que no lo hacen. No hagas de la celebración o la ausencia de ella un motivo de conflicto. Lo importante es que, con fiesta o sin fiesta nuestro Señor sea honrado en todo lo que hacemos.

**II DEJA LOS RUDIMENTOS DEL MUNDO, SUBE MÁS ALTO**

¿Qué son los rudimentos? Se llama “rudimento” a las nociones básicas de una ciencia, del arte, de una profesión. También se llaman “rudimentos” a las primeras enseñanzas de la fe cristiana, a lo que es básico o elemental. Pero para el apóstol Pablo, los rudimentos son más que lo básico. Para él, los rudimentos del mundo nos esclavizan. En su epístola a los Gálatas 4:3 leemos: “Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” y más adelante agregó “mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?”(4:9) y escribiendo a los colosenses dice “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8) Para él los rudimentos no solo esclavizan sino que son débiles, pobres, son “filosofías y huecas sutilezas” son “tradiciones de los hombres”.

Dentro de estos rudimentos el apóstol incluye la comida, la bebida, las fiestas, los días especiales como el sábado o domingo, que en aquel tiempo algunos le daban mucha importancia y condenaban a otros por lo que comían, o si tomaban vino en las comidas, o si no celebraban algunas fiestas religiosas, o si no tenían por sagrado el día sábado. Y tanta importancia daban a estas cosas que parecían fundamentales para nuestra salvación, y los que no cumplían con estas tradiciones no se los consideraba verdaderos cristianos e incluso dudaban que sean salvos. Sin embargo, para Pablo eso no estaba bien, no está bien que alguien nos juzgue por esto como si fuéramos cristianos de segunda categoría o que no somos cristianos porque no hacemos ciertas cosas. Por eso escribió “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo” (Colosenses 2:16)

Los rudimentos son todas las normas y reglamentaciones que ponen las religiones indicando lo que pueden o no pueden hacer, como si la fe dependiera de ciertas costumbres. Pero el problema es que todas estas cosas no tiene que ver directamente con Dios, sino con tradiciones.

Las fiestas son una bendición, son para que disfrutemos de la familia y la amistad, pero cuando se convierten en un mandamiento, como si fuera un mandamiento de Dios, nos esclavizan, nos obligan, nos compelen y quitan el verdadero propósito de una celebración. Por eso, si vamos a celebrar, celebremos el estar juntos, celebremos la amistad y la unidad de la familia, celebremos que hemos conocido el amor de Dios y su poder restaurador, celebremos su bondad para con nosotros, celebremos la vida, en especial la vida en Cristo. Si así lo hacemos, habremos dejado los rudimentos y habremos subido a la cima, a lo más alto, a la presencia de Dios, porque según Salmos 16:11 “En tu presencia (en la presencia de Dios) hay plenitud de gozo”

**III CELEBRA, SI, PERO CON SINCERIDAD Y VERDAD**

En 1 Corintios 5:8 hay un llamado a la celebración de una fiesta que dice “Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.” Es un llamado para celebrar una fiesta sin pensar mal de los demás, sin malicia, es decir, sin la intención encubierta con que se dice o se hace una cosa para beneficiarse en algo o perjudicar a alguien, y sin maldad, sino que debemos celebrar la fiesta con sinceridad y verdad.

 Sin embargo la sinceridad tiene mala prensa hoy día, e incluso se piensa que la sinceridad, en ciertos momentos puede convertirse en un suicidio social, es decir, un “sincericidio”, donde la persona que es sincera destruye su imagen y su reputación. Pero, por otro lado también, decir las cosas con sinceridad y la verdad se ha interpretado con un permiso para ser grosero, ofensivo e hiriente. Por ejemplo, cuando alguien dice: “Te voy a ser sincero, pienso que sos un inútil y estás demás aquí”. Anteponen su propia sinceridad para sacar la maldad de su corazón, y expresar así su odio y desprecio. Otros dicen “A decir verdad, no me importa nada de lo que dices, crees o piensas.” Creyendo que poseen la virtud de decir la verdad de lo que piensan. El problema no está con la verdad, sino con el profundo menosprecio que siente hacia otro que piensa de manera diferente.

 También algunos creen que no pueden ser sinceros, porque serían perjudicados. Por ejemplo: No pueden ser sinceros con su jefe porque lo echaría del trabajo. No pueden ser sinceros con su esposa o esposo, porque terminarían divorciándose. No pueden ser sinceros con un enfermo terminal y le dicen que todo saldrá bien, para no angustiarlo en sus últimas horas de vida.

 Todo esto nada tiene que ver con la sinceridad. La sinceridad se define como “la cualidad de obrar y expresarse con verdad, sencillez y honestidad, sin fingimientos o segundas intenciones. Una persona sincera es aquella que dice y actúa conforme a lo que piensa o cree. No tiene dobleces, ni intenciones ocultas y no busca perjudicar a nadie.

 Un ensayista, historiador, biógrafo y narrador francés llamado André Maurois dijo “Ser sincero no es decir todo lo que se piensa, sino no decir nunca lo contrario de lo que se piensa”.

 Y solo aquel que tiene buenos sentimientos puede hacer bien con su sinceridad. Porque la sinceridad sin amor no es sinceridad. Por eso la celebración de cualquier festividad cristiana debe estar envuelta con la bandera del amor, como lo expresa Cantares 2:4 “Me llevó a la casa del banquete, (o “me llevó a la fiesta”) y su bandera sobre mi fue amor”

 Por eso las primeras fiestas cristianas se llamaron “ágape”, porque el espíritu de esas fiestas era diferente al espíritu de las fiestas paganas donde había desenfreno de todo tipo, principalmente las que llamaban “bacanales” que se hacían en el mundo greco romano para honrar al dios Baco, el dios del vino, donde se bebía y comía sin control y pasaban toda la noche en orgías. Por lo tanto, celebrar un bacanal era sinónimo de desenfreno sexual sin límites.

 En cambio, los ágapes cristianos se destacaban por su sencillez, compañerismo, buen trato uno con otros y por su profundo amor. La misma palabra “ágape” en griego significa “amor desinteresado”, el amor que da sin esperar nada a cambio. Es el amor que se define en 1 Corintios 13 y dice que ese amor es “sufrido, (es paciente, sabe esperar) benigno ( bondadoso); el amor no tiene envidia, no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, (no se enoja fácilmente), no guarda rencor, no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo soporta, el amor nunca deja de ser.” De manera que cualquiera que asistía a una fiesta cristiana quedaba impactado por el amor sano, limpio, sin malas intenciones que reinaba. En verdad celebraban la fiesta con sinceridad y verdad.

 ¿Verdad que es hermoso ser sincero cuando uno ama de verdad? Porque con toda sinceridad dirá lo mejor y hará lo mejor de lo que puede hacer. Por eso, nuestras celebraciones por más grandes o pequeñas que sean deben estar envueltas en el ágape. Este debe ser siempre nuestro sello distintivo como cristianos.

CONCLUSIÓN:

 En estas fiestas, al escuchar el consejo de Dios, tus emociones pueden cambiar, esas emociones que te sumergen en la tristeza y la depresión, pueden girar para convertirse en emociones positivas, llenas de paz, de esperanza y sobre todo de amor a todos los que te rodean.

Tus emociones pueden cambiar si Dios llena tu vida, porque la Biblia dice que Dios es amor. De manera tal, que se te llenas de Dios, estarás lleno de amor, porque Dios estará allí.

 Y la única manera que ocurra esto es por medio de Jesucristo. Ocurre cuando cambiamos nuestra actitud, creemos en él y lo recibimos en nuestro corazón. Por lo tanto, su tu alma está vacía, llénala de Dios y Dios te llenará con su amor y con su paz.